

# EL MENSAJERO CRISTIANO.

PERIODICO MENSUAL DEDICADO A PROPAGAR LAS ENSEÑANZAS DE JESUGRISTO.

DIRECTOR Y PROPIETARIO:  
Agustín Pardo.

SE REPARTE GRATIS.

IMPRESA Y ADMINISTRACION:  
Calle 55 N° 474.

## A JESUS.

"El Mensajero Cristiano," en esta fecha memorable para todos los adeptos á la Doctrina del Divino Maestro, y especialmente para los espiritistas, dedica un recuerdo de gratitud y respeto al sublime Mártir del Gólgota, nuestro inmortal y amado Jesús; pidiendo al Padre, al Sér Increado, luz, mucha luz, para poder penetrarnos cada vez más de las máximas de amor que el excelso Maestro del Bien y de la Verdad, vino á enseñarnos á practicar con el ejemplo.

Mérida, 25 de Diciembre de 1906.

LA REDACCION.

## EL GRISTO.

No hay recuerdo de que en otra criatura se hayan hermanado tan espléndidamente las perfecciones físicas con las bellezas morales, como en este incomparable Mártir de la Igualdad.

Con sólo su presencia, Jesús Nazareno atraía á los buenos y confundía á los malvados. No es raro, pues, que desde el humilde pesebre, hasta la cumbre del Calvario, las multitudes le siguieran fascinadas por la excelencia de sus majestuosos atributos.

Su porte franco y esbelto, y las líneas esculturales de su cuerpo, daban un respetuoso tono de autoridad á su persona.

Su larga y sedosa cabellera, sombreaba dulcemente su pálido rostro de pensador y de asceta. Sin embargo, los tintes del rubor iluminaban con frecuencia sus mejillas.

La suave luz de sus ojos y sus miradas apacibles como el infinito azul, inundaban su semblante de celestial serenidad y penetraban en los corazones y en las conciencias con exquisita dulzura, dejando en ellos, profundamente grabadas, las huellas de su inmaculada pureza é inefable bondad. Y así, de este modo, servían de dulce bálsamo á los tormentos del cuerpo y á las angustias del espíritu.

Sí, Cristo fué un gran médico. Miraba los quebrantos de nuestra pobre humanidad. Con el poder magnético de su poderosa visión, leía en las almas, y de ahí que comprendiera sus amarguras y sus dolencias.

Sanables fluidos emanaban de su elevado sér, calmando con ellos las inquietudes y aliviando los dolores de

las muchedumbres, que, embelesadas seguían las huellas de sus pasos.

Su naturaleza pura, exenta del yugo de las pasiones y de las convenciones sociales, dominaba la materia y sugestionaba al espíritu, llevando á los que á él acudían, el consuelo, el remedio y la salud con cualquier yerba que cogía en el camino, con un sorbo de agua, con una suave imposición de manos, y hasta con una simple mirada.

Aunque el carácter de Jesús estaba fortalecido por la firmeza y rectitud de su espíritu y por los rigores de su árdua misión, su temperamento era dulce y tranquilo. Jamás se alteraba de verdad, porque era paciente, y sólo simulaba la impaciencia cuando estaba cierto de sacar gran provecho moral de su aparente brusquedad.

«Si os dieran una palmada en la mejilla derecha, poned la izquierda,» aconsejaba á sus discípulos. Pero, comprendiendo que en las circunstancias difíciles, la prudencia es una debilidad, y hasta una cobardía, tuvo que manifestarse en ciertas ocasiones irrito, y aún cruel en apariencia, para defender los fueros y la pureza de su Doctrina.

Así se explica que, cuando creyó llegado el caso, repartiera latigazos á diestra y siniestra, para arrojar del templo á los mercaderes que ejercían dentro de él su vil tráfico, simulando recogimiento y respeto, que no sentían por el culto divino.

Así se explica también el que se viera en la necesidad de apostrofar y zaherir á los fariseos hipócritas que, fingiendo penitencias y simulando devociones, se captaban la confianza de las viudas y de los huérfanos, apoderándose de sus bienes para saciar su codicia, satisfacer sus vicios y disimular sus escándalos.

Cristo fué manso y humilde. Soportaba con resignación y perdonaba sin esfuerzo las ofensas personales. Pero, en los momentos solemnes para su Causa, supo demostrar altivez y dignidad. «Tú lo has dicho,» respondió al Presidente del Sanhedrín, al interrogarle éste si era hijo de Dios.

Igual respuesta habría podido dar antes á Herodes y á Pilatos, cuando obligado á comparecer ante ellos, le preguntaron si era rey de los judíos. Pero se limitó á contestar á estos indignos mandones con la elocuente altivez del silencio.

Cristo fué un sér fuerte. Sólo una vez se le vió desfallecer: en el Huerto de Getsemani, cuando con la viden-

cia de su víacrucis, de su suplicio infamante y de las burlas de los esbirros que debían sacrificarle, levantando los ojos al cielo, exclamó saturado de amargura: «¡Aparta, Señor, de mí este cáliz!» Pero ya el sacrificio estaba aceptado; y si exhaló esta débil queja, lo hizo porque al fin él fué víctima del sufrimiento humano. Así debemos creerlo. De otra suerte su apostolado no hubiera pasado de ser una «divina comedia.»

Cristo fué caritativo y tolerante por excelencia. «Que vuestra mano izquierda no sepa lo que da vuestra derecha.»

El que hace el bien con ostentación, ha recibido ya su recompensa, decía á sus discípulos. Respetaba todas las creencias sinceras y excusaba las faltas y errores de los demás, procurando, sin embargo, atraerlos suavemente al camino del Bien y de la Verdad. Así unció á su dulce y misterioso yugo á la Magdalena, esa hermosa arrepentida, cuando ésta le salió al paso en la legendaria ruta de Betania.

Diez y nueve siglos ha que nació y que murió este amado redentor. Pero, sus enseñanzas, como esas hierbas aromáticas á que no arrebató el tiempo su perfume, se conservan puras é intactas en el corazón de la humanidad con toda la fuerza de su divina fragancia.

Caridad, paciencia, humildad, ternura, fueron la síntesis de su angustiosa vida; virtudes todas que él predicaba con el ejemplo y con la palabra.

Su dicción era clara, persuasiva y atrayente.

Cristo hablaba más al corazón que á la inteligencia de sus oyentes; por eso era comprendido con facilidad por los sencillos y hasta por los ignorantes.

Secreto encanto y celestial arrobamiento producían en éstos sus máximas y sus consejos, que eran escuchados con tanta más piedad cuando Cristo les hablaba de esperanzas inmortales.

Es cierto que Jesús se expresaba á veces con un lenguaje simbólico y hasta ininteligible en apariencia, pero lo hacía conscientemente y con propósitos preconcebidos.

A Cristo le habría convenido, sin duda, explicar todos los temas de su filosofía para no interrumpir la unidad de su Doctrina, más tuvo que limitarse á exponer solamente muchos de ellos, y á enunciar otros, para no someter á prueba la limitada inteligencia de sus admiradores.

Cristo era clarovidente, previsor y discreto. Y hay verdades que solo con el tiempo y el silencio de la meditación pueden comprenderse é imponerse á las conciencias con toda la fuerza de su exactitud y esplendidez.

Si Jesús hubiera dicho alguna vez que era la tierra la que giraba alrededor del sol, la inverosimilitud aparente de este hecho habría paralogizado á sus adeptos, y aún á sus discípulos, cuyos conocimientos científicos eran muy rudimentarios.

Y así, de este modo, sólo con timideces y reservas, le habrían aceptado las otras explicaciones de su profunda y consoladora Doctrina. Pero su estilo estaba por lo general, al alcance de todos los que tenían voluntad é interés en escucharle.

Cristo fué, por lo demás, un sér llano y sencillo. Le disgustaba el brillo, las pompas y las ceremonias de la vanidad. Su templo era la inmensidad del Espacio Infinito, y su altar las tiernas y espléndidas galas de la Naturaleza. Fué su cuna la polvorosa hierba de un misero y abandonado pesebre, y la bóveda estrellada el techo del portal donde naciera.

Prefirió para orar la dulce sombra de los cipreses y de los sauces del Huerto. Su sermón más herboso lo predicó en medio de las espinosas zarzas de la montaña. «Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.» «Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.»

Y terminó su vida en la cumbre del Monte, encima de la pestilente atmósfera que lo asfixiaba, clavado en la corteza de un leño y acariciado por los rayos de un sol, que pronto se ocultara aterrorizado entre las nubes, cuando Cristo exhalaba el último suspiro, pronunciando palabras de amor y de perdón para sus verdugos.

Y, si la moral purísima y consoladora de este inspirado Maestro, ha querido ser desnaturalizada por los avances de las doctrinas neantistas y por las conveniencias sectarias, sus fáciles enseñanzas tendrán que imponerse á las conciencias, con toda su hermosa sencillez, en un porvenir que pronto llegará, que quizá ya ha llegado, á pesar de los agónicos esfuerzos del egoísmo, del orgullo y de la vanidad. Entonces habrán recuperado su imperio la Humanidad, el Amor y la Fraternidad que Cristo predicara con su inspirada palabra y con el ejemplo de su austera vida, y por lo cual clavarón en sus sienes la corona de espinas, sublime diadema, que trocaran por la de brillantes que llevan en su cabeza los coronados de la tierra.



## LA HORA DE LA MUERTE.

Muy solemne es sin duda, el momento del tránsito de la vida corporal á la vida espiritual; ese momento fatal de la vida humana que llamamos muerte. Con terror profundo le ve acercarse aquél que no ha ajustado su vida á los divinos preceptos de moral y de justicia; tranquilo y sin pesar el hombre que al bien la ha dedicado.

¿Por qué, en general, se teme tanto á la muerte? Porque se tiene de ella una falsa noción. Para unos, es el instante de comparecer ante un terrible juez, que por faltas cometidas en esta vida corporal, puede condenarnos á penas horribles durante una eternidad; para otros, la muerte es el desconsolador momento, de pasar del ser al no ser. Ambos conceptos son evidentemente falsos. En el primero, como no hay paridad entre la culpa y el castigo, es inconcebible que le aplique Dios, siendo como es la justicia absoluta; en cuanto al segundo, tampoco se comprende que lo que es, deje de ser.

Lo que llamamos «muerte» no es más que la transformación de las cosas, y no la «destrucción».

Si se considera la muerte en lo que es realmente, cesaría luego de inspirar temor. En efecto: la muerte es la libertad del Espíritu prisionero en la materia; es el instante en que, rotos completamente los lazos que á la vestidura corporal nos unen, se abren ante nosotros las puertas del infinito; es el momento de reunimos con los seres queridos que nos han precedido y que allí nos aguardan; es el punto final de un período de pruebas más ó menos amargas; es la hora de recoger el premio de nuestros afanes, si hemos obrado acá como buenos, si hemos sabido llevar valerosamente nuestra prueba; y de reconocer nuestros errores si hemos obrado mal, y no nos empeñamos en llevar nuestra ciega obcecación más allá de la tumba.

La muerte, es, pues, una necesidad para el Espíritu.

Concluida su jornada, va á buscar nuevas fuerzas para seguir adelante en el camino del progreso; para emprender otra campaña, ya en este ya en otro mundo, contra sus defectos, contra sus pasiones, que son los enemigos que ha de combatir y vencer, para adquirir la verdadera felicidad; allí, cuando le anima un buen propósito, comprende cuan necesario le es despojarse de todo eso, y adquirir virtudes; y formando este propósito, emprende otra existencia corporal á fin de poner en práctica sus resoluciones.

También la muerte es una necesidad material, porque de la muerte de unos se alimenta la vida de los otros. De la materia terrestre tomamos nuestros cuerpos, y es preciso, para mantener el equilibrio de la vida, que sus elementos vuelvan otra vez al centro de donde han salido, para después de convenientemente elaborados, pasar luego á formar parte de otros cuerpos. El trabajo de transformación es incesante al rededor nuestro, y hombres, animales, plantas y minerales,

contribuimos á ella eficazmente. ¡Sin cesar absorbemos, ya por la respiración ya por la nutrición, elementos necesarios para el sostenimiento de la vida; y continuamente se desprenden de nosotros materiales ya inservibles para nosotros mismos, pero que son indispensables para la nutrición de otra especie de seres. Todo es, pues, necesario, la vida y la muerte; nada hay sin objeto en la obra del Divino Hacedor.

Indiquemos otra causa del temor á la muerte, temor también infundado, pero que apesadumbra á no pocos; es el de los crueles padecimientos físicos, que se supone se han de experimentar. Mucho se ha escrito ya sobre esto, y no tendremos más que escoger al acaso, para demostrar cuan errónea é infundada es esa opinión. Hay muchas enfermedades en que el cerebro se halla afectado, y por consiguiente, las funciones de la inteligencia ó se verifican anormalmente, ó no se manifiestan de ninguna manera al mundo exterior, hallándose el enfermo sumido en un sopor más á menos profundo. Es muy sabido que al volver en sí, ó al recobrar la salud, no guarda recuerdo alguno de lo que con él se ha hecho ó de lo que le ha sucedido durante aquel estado, aunque para hacerle volver en sí, se hayan empleado los más enérgicos revulsivos. Si la enfermedad, pues, llega á determinar la muerte en estos casos, el Espíritu se halla libre de la materia sin experimentar el menor dolor físico. En otras enfermedades, las facultades mentales se conservan lúcidas hasta pocas horas antes de la muerte, y en algunos casos, hasta el mismo momento en que esta ocurre. Transcribamos algunas citas que demuestran que en estos casos tampoco hay dolor, y sí un estado particular de bienestar que nosotros nos explicamos fácilmente. Oigamos á Berthez, célebre fisiólogo de la escuela de Montpellier:

«Cuando el alma conserva sus fuerzas en un grado de lucidez bastante elevado hasta la hora de la muerte, podrá, quizá, experimentar durante la agonía, sentimientos de angustia y de dolor, ocasionados por la causa de la muerte, ó bien puede entregarse á afecciones tristes é inquietas; pero esta clase de agonía es muy rara, está siempre separada de la muerte por algunos momentos que pueden ser dichosos.» Y cita Berthez las impresiones de algunos individuos en el momento de la muerte: «El célebre jesuita—dice—Francisco Juárez, que falleció en Lisboa el año de 1717, exclamó pocos momentos antes de espirar: No creía yo que en la muerte se hallara tanta suavidad, tanta dulzura.» «M. Simón refiere en su «Vida de Guillermo Huuter,» que hallándose éste en sus últimos momentos, dijo á su amigo Combes: Si tuviera la suficiente fuerza para sostener la pluma, escribiría cuan fácil y agradable es morir.»

Luis Figuier dice en su libro «Le Lendemain de la mort:»

«Un médico amigo mío, cuyo nombre no publico por creerlo innecesario, hallóse en cierta ocasión al borde de la tumba. No obstante, curó de

su enfermedad y volvió á la vida, y hoy goza de una perfecta salud. Pues bien: cuando se le interrogó acerca de las sensaciones que experimentó, hallándose en aquellos instantes en que su fin parecía próximo, dice que sólo se acuerda que se hallaba en un estado de absoluta indiferencia y ausencia de todo sentimiento penoso. La antorcha de la vida, se apaga gradualmente, teniendo sólo el enfermo conciencia de la aproximación gradual de un estado más y más completo de anadamiento moral.»

«El Espiritismo,» periódico sevillano, publicó un artículo titulado: «Un recuerdo de mi amigo Prudencio Martínez,» donde se reseñan los últimos momentos de la existencia corporal del que fué presidente de la «Sociedad Espirita» de aquella localidad, el Dr. D. Prudencio Martínez. Transcribiremos sólo las líneas que á nuestro objeto se refieren. El enfermo tuyo con el autor del artículo, una conversación que revela cuan profunda era su convicción en el Espiritismo, y cuenta su tranquila moral en aquellos instantes que él conocía eran los últimos de su permanencia en la tierra.

«... Cuando á la mañana siguiente pasé á verle,—dice—no pude menos de sorprenderme ante los espantosos estragos que hacía su enfermedad. Sus ojos estaban casi inmóviles y vidriosos; de su boca entreabierta se desprendía una respiración desigual y fatigosa, que era el principio de su agonía. Me conocí á pesar de su lastimoso estado, é intenté alargarme la mano, pero no pudo. Empezó á dibujarse entonces en su semblante una dolorosa sonrisa, y me dijo con voz entrecortada:

«Qué quietud! ... No siento dolor alguno! ... ¿Por qué creerán que la muerte es dolorosa? Al principio de mi enfermedad padecía más que ahora. ... Hay una causa externa que va precipitando hacia mi cerebro lo que constituye mi vida, esto es, mi alma. Si se prolongara algunos días más tal estado, presenciaria un fenómeno extraordinario ... ¡Escucha! mi alma ... no toda mi alma, porque parte de ella está ya fuera de mi cuerpo, sino la que aun reside en él ... está ... está colocada desde mi cerebro hasta el principio de mis pulmones ... todo lo restante del cuerpo está ... está ... ¡sin alma! ... está muerto!» Y el enfermo continuó describiendo á su amigo con la mayor calma, las sensaciones que experimentaba.

Los hechos que podríamos continuar citando, que demuestran la ausencia de dolores físicos en el instante de la muerte, ó pocos momentos antes, son numerosos, y en todos se comprueba que los padecimientos ocasionados por la enfermedad, se van amortiguando á medida que se acerca la muerte. Por nuestra parte, añadiremos que, abrigando hace muchos años esa misma opinión, para confirmarnos en ella ó abandonarla, hemos preguntado á varias personas que han sufrido distintas enfermedades, y llegado el caso que la ciencia desesperaba, y todos nos han contestado casi lo mismo, que no guardaban recuerdo

alguno, los unos, y muy confusos los otros; pero ninguno ha acusado agudos dolores en aquellos instantes. Por lo demás, son muchísimos los casos que, habiéndose conservado íntegras las facultades mentales durante el curso de la enfermedad, se van amortiguando desde algunas horas antes del momento de la muerte. En estos casos tampoco hay sufrimiento; el cuerpo se agita quizá, pero la inteligencia no lo resiente.

En la muerte por accidente, el dolor tampoco se deja sentir muy intensamente, ni en los casos en que es repentina, ni en los que es consecuencia de las lesiones recibidas. El sufrimiento físico se manifiesta más bien al volver á la vida cuando se sustrae al individuo á una muerte próxima. Numerosos son también los hechos que lo confirman, según relación de las mismas víctimas, salvadas del peligro. No entramos en detalles, por no alargar demasiado estas líneas; y sólo diremos que en estos casos, según las circunstancias, son siempre mayores los padecimientos morales que los físicos.

Ha habido algunos autores, que á consecuencia de sus observaciones sobre la muerte, han llegado á afirmar que hay en ella cierto placer, cierta voluptuosidad; teoría que por nuestra parte ni nos atrevemos á afirmar ni á negar.

Si el momento de la muerte es el de la separación del Espíritu y la materia, ¿no es racional suponer que durante la enfermedad experimentan ya alguna relajación los lazos que los unen? Lo cierto es, que en la agonía de muchos individuos, no parece sino que ya el Espíritu está desprendido de la materia; pues se nota en ellos una penetración, una lucidez, una clarividencia, que asombra á sus mismos parientes y amigos. Es muy común la predicción entre los moribundos; predicción que más tarde ven cumplida, los que de sus labios la han escuchado. También es muy digno de ser notado, que muchos son los que refieren visiones que los circunstantes y el médico suelen atribuir á extravíos de la imaginación por debilidad de los órganos; y esas visiones casi siempre son de personas queridas que les han precedido á la otra vida. En los últimos momentos de la vida, hay moribundos cuyo semblante cadavérico ya, se ilumina de repente con una expresión de inefable contento, y sus fríos labios murmuran palabras que expresan las agradables visiones de que está gozando; otros, su fisonomía se contrae y en ella se ve retratado el espanto, el terror, los vidriosos ojos se fijan en un punto y son visibles los esfuerzos que hace para sustraerse á las visiones que le horrozan.

Se ha dicho, y con razón, que nunca como en la hora de la muerte, se presenta el individuo tal cual es, que en aquellos momentos, se lee claramente la historia de toda su vida.

Ese principio de libertad del Espíritu durante la agonía del cuerpo, nos explica perfectamente, por qué tantas personas que han vivido acá en la mayor indiferencia respecto á cuestiones



Registrado como artículo de 2a. clase el 5 de Septiembre de 1904.

## INTERESANTE.

Este periódico, dedicado especialmente á los que desconocen la Doctrina Espiritista, saldrá á luz los días primero de cada mes.

Se enviará á domicilio, gratuitamente, á toda persona que lo solicite, ya sea de esta ciudad ó de fuera de ella, mandando su dirección á la Administración de él, calle 55 número 474.

Devolviéndose esta publicación á su Administración ó á la oficina de Correos, no volverá á enviarse á la persona á quien vaya dirigida.

Se invita á colaborar á todos los espiritistas de buena voluntad, reservándose la Dirección el derecho de admitir ó desechar los originales que se le remitan, los cuales en ningún caso se devolverán.

espirituales, ó que han sido decididos adversarios de todas las religiones y aún de toda doctrina espiritualista, solicitan un sacerdote en aquellos momentos supremos, para que les «reconcilie con Dios.»

Al comprender que el individuo no es la materia, puesto que empieza á vislumbrar la nueva vida que le espera, mientras que en su cuerpo comienza ya á iniciarse la desorganización, comprende cuan verdadero es el principio de la inmortalidad del alma, é ignorando lo que va á ser de él en este caso, pues sus preocupaciones durante la vida le han impedido reflexionar sobre ello, se entregan en brazos de la religión para que esta le salve, como el naufrago se agarra á la tabla que junto á él ve flotar, con la esperanza de que le libre del abismo.

Algunas veces el Espíritu está ya «casi» completamente desprendido, antes que el cuerpo haya exhalado el último suspiro. Una señora conocida nuestra, hallábase atacada de una metrorragia gravísima. Llegó un instante en que los que rodeaban el lecho de la enferma, creyeron que había espirado. No obstante, al cabo de algunos minutos, notaron que volvía á vida; así sucedió en efecto. Más refiere la enferma, que sin darse cuenta de cómo sucedió, hubo un momento en que «ella» se encontró en medio de la sala, y vió tendido en su cama su propio cuerpo, reconociendo hasta sus facciones.

No insistiremos más, aduciendo pruebas y argumentos para demostrar que la muerte no es temible bajo ningún concepto. Es una ley impuesta por Dios, y nada que de Él venga, debe inmutarnos, porque todo lo que de Dios emana, ha de ser y es bueno. El mal, es siempre el fruto de nuestras propias obras.

Si bien no debemos temer la muerte, tampoco debemos desearla; puesto que la vida corporal es el período de prueba necesario para el progreso real del Espíritu y desear abreviarla, ó supone que carecemos de las fuerzas necesarias para terminarla, ó que queremos llegar antes de hora y sin fatiga, á gozar de un bienestar que tan sólo corresponde al que lo ha adquirido con su trabajo.

El que de cualquier manera abrevia los días de su existencia, ó rehuye las pruebas por que ha de pasar, no hace otra cosa que retardar más la posesión del bien apetecido. Todas nuestras existencias son consecuencias las unas de las otras; obrando bien en esta y sufriendo conformados las vicisitudes que nos sobrevengan, por muy duras y pesadas que sean, no hacemos más que trabajar para nuestra dicha futura.

## EL DEBER.

[Escrito para "El Mensajero Cristiano."]

Todo sér que viene al planeta tierra trae una misión ó deuda que cumplir; no lo debemos olvidar jamás, para que de esta manera, sepamos llegar al Gólgota con nuestra cruz. Sin embargo, hay millares de seres que lo olvidan por completo, aún conociendo la ley divina del Creador y obedeciendo nada más á sus pasiones, se lanzan en el tumultuoso mar de los vicios. ¡Qué triste es ver á estos infelices! Contemplarlos un instante y comprender los estragos, las huellas dolorosas que en su frente llevan impresas.

El corazón humano, fiel termómetro del espíritu, es el que mide las miserias de la vida terrenal. Cuánto se llora con él al ver no sólo nuestras propias debilidades, sino también las de nuestros hermanos que no quieren oír la voz del deber y persisten en sus pasiones.

Nuestro corazón, repito, siente, llora, gime de dolor, viendo tanta frialdad en seres que deberían no solo marchar por el sendero del bien, sino impartir la luz de la caridad, fuente preciosa que da vida y que sostiene en las pruebas terribles de la existencia terrenal.

Es inútil buscar en éste paraje alegrías permanentes; es inútil, también, querer engañar al mundo para que nos crean más ó menos buenos, más ó menos felices; todo lo de aquí se evapora, es ficticio, salvo las buenas obras; éstas quedan escritas en el libro del Infinito, éstas no se evaporan con nada, sino que servirán más tarde para que seamos felices en la patria verdadera.

Solo el deber cumplido es lo que en la tierra nos proporciona la única dicha; solo el sér que se sacrifica, es el que puede decir: yo soy feliz; pero fuera de esto, nada existe, todo es ilusorio: pompas, lujo y toda clase de vanidades desaparecen en un instante; no lo olvidéis, seres que andais en el foco de ellas, tened presente que nada, nada os llevaréis del planeta, todo se quedará aquí, y solo os acompañarán vuestras obras, buenas ó malas.

Seres que habéis constituido un hogar, procurad convertirlo en santuario; que todo sea amor y dulzura, que reine la paz entre los que ofician en él; si así lo hacéis, os aseguro que el Calvario de la vida lo subiréis sin fatiga, vuestra marcha será entonces suave y podréis llegar á depositar vuestra carga al término de la jornada.

Hay seres que por sus dotes intelectuales, por su preclara inteligencia, deberían más que otros, que carecen de ello, comprender lo que antes llevo dicho, pero no sucede así, se ofuscan de tal manera que, al primer contratiempo, al primer dolor que experimentan, tiran la cruz por no querer sacrificios, por no querer lágrimas, Infelices! no saben que si no aceptan una cruz, tendrán dos ó más; no saben que el que se revela contra la ley, ese sufre tormentos atroces, no saben, también, que no tienen derecho para

romper en un momento, juramentos sagrados que deben cumplir aún á costa de su vida. Ah, pobres! cómo malgastan el tiempo en vagatelas, puede decirse así, porque nada será bastante; nada de lo de la tierra le da derecho á un sér, para destruir un hogar, para ahogar la felicidad de otros seres, en fin, para no cumplir el deber.

Cuántos hogares se encuentran desechos no mas por que en una hora de debilidad de uno ó de otro que lo constituyen, olvidan sus deberes; cuántos dramas se encierran allí; cuántas lágrimas comprimidas y disimuladas con fingidas sonrisas! Ah! cuánto dolor encierran algunos corazones lacrados por el infortunio, pero buscado, no traído. Cuántos padres sin hijos, cuántas madres sin las caricias santas de los tiernos seres que llevaron en sus entrañas! . . .

El mundo que habitamos hoy solo se regenerará cuando cada sér tenga la fuerza de voluntad, de sobreponer la voz del deber á todas las otras pasiones; entonces sí no habrá tanta miseria como la que hoy reina en el planeta. Todo tiene que evolucionar hasta su perfeccionamiento; todos debemos marchar hacia nuestro progreso, pero para esto hay que trabajar, hay que sacrificarse mucho.

No creais, los que andais enteramente á ciegas, que no porque no hagais mal ya se avanza en el bien; no, hay que practicar todo lo que Jesús nos legó en su sublime Doctrina; tenemos un modelo perfecto, procuremos poco á poco seguir sus enseñanzas que serán el alimento mejor para confortarnos en el pesado camino de nuestra existencia.

Luchemos, trabajemos, no perdamos un solo instante; seamos como el militar en el campo de batalla. Este, ya sabéis, que ansía luchas, guerras, para recibir ascensos; sabe que si permanece inactivo, no pueden graduarse; sabe que solo el que expone su vida, cumpliendo su deber, es el que recibirá su galardón.

MICHAELA G. DE PARDO.

— + —

## El egoísmo y la superfluidad.

[Para "El Mensajero Cristiano."]

Muchos son los vicios de que adolece nuestra humanidad, pero vamos solo hacer referencia de esos dos que consideramos como el origen y causa de muchos de los demás.

No hay que dudar que el egoísmo y la superfluidad son dos enemigos formidables entre sí, y los dos son á la vez enemigos de la vida moral del género humano. Son dos obstáculos que obstruyen el camino del progreso y han contribuido al estacionamiento de la humanidad.

Un egoísta como es tan apegado á los bienes materiales, se cree que va á vivir eternamente y no piensa en el porvenir de su alma, y se deja dominar por esos bienes hasta el extremo de dejar perecer á los suyos por no gastar lo indispensable para cor-

tar el curso de una enfermedad ó salvar la crisis de que suelen ser acosados.

La superfluidad es tanto ó más perniciosa que el egoísmo. Los seres que se desbordan á derrochar á mansalva los bienes materiales, suelen tener un desenlace funesto, puesto que se entregan desordenadamente á la gula y la lujuria, y esto suele redundar no solo en la decadencia de las bienes de fortuna, sino en el quebranto de la salud y en la degradación de la vida moral.

Para combatir esos dos vicios hay, pues, que emplear mucho tacto por medio de la mesura en todos los actos. Si una familia necesita para lo indispensable de la vida un peso diario, por ejemplo, y su posición le permite que haga uso de él, no pecará por eso; pero sin olvidar las necesidades perentorias de los demás, eso sí, y aquí tocamos dos extremos. Pues si en vez de un peso se limita restringidamente á gastar 50 centavos por el egoísmo de querer conservar para luego aunque su familia sufra detrimiento en la salud y olvide también á los demás, eso es un crimen que tarde ó temprano sufrirá sus consecuencias.

Y el que vive en, en vez de un peso invierte dos ó tres atenido que posee bienes de fortuna y emplea lo superfluo en manjares excesivos y ostentación de lujo y á su lado halla seres que mueren de inanición por falta de lo necesario, es otro crimen de lesa humanidad que también sufrirá sus fatales consecuencias.

El jefe de una familia que sea, pues, muy pegado á los bienes materiales, contribuye á que su familia muera por consunción, y sucede en consecuencia que ni él ni su familia disfrutan de su hacienda.

Un jefe de familia desbordado en el derroche de los bienes materiales, contribuye á la degradación de su vida y la vida de su familia, puesto que fomenta en su hogar esa costumbre desordenada, y aunque alguno de sus hijos abrigue tendencias honestas, algo se le pega, siquiera sea por complacer al autor de sus días, como se suele decir.

No hay duda, pues, que esos dos vicios son origen y causa de los demás.

Un egoísta puede desarrollar, por ejemplo, el vicio del juego ó del robo, por la ambición de acumular bienes materiales; como un derrochador puede desarrollar el de la embriaguez y la sensualidad, por tener con que disponer, aunque sea á costa de los demás, como sucede con frecuencia. Y bajo ese punto de vista, tan perjudicial es el uno como el otro.

El que quiera, pues, triunfar en la lucha de los vicios, no tiene, más que cuando se sienta impulsado al dominio de ellos, repelerlos con la disuasión de sí mismo, distrayendo su imaginación en otras cosas ú otros pensamientos más en armonía con la razón y el buen sentido.

La honestidad, la moderación y la templanza es la base para un buen método que ponga el fiel de la balanza de una manera que no se in-



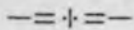
cline á ninguno de esos dos extremos.

Que ese método sea el regulador de la vida en el hogar de las familias y en el seno de la sociedad, y así puede cambiar la faz de la vida de los pueblos; y la humanidad entrará de lleno en una vida de paz, de unión, de fraternidad y de progreso.

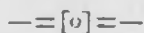
Es de la manera que se triunfa en la lucha. Es de la manera que puede alcanzarse la salvación de la humanidad.

FAUSTINO ISONA.

Cayey, (Pto Rico).



LA BIBLIOTECA DE "El Mensajero Cristiano," QUE ESTA SITUADA EN LA CALLE 55 NUMERO 474, SE ABRE AL PUBLICO DE 6 Y MEDIA DE LA TARDE A 10 DE LA NOCHE.



## ¿Dónde está?

El sol naciente del nuevo Espiritismo ilumina con sus rayos á la Ciencia, y del hombre penetrando en su conciencia nace la verdad del negro escepticismo.

Todos preguntan dónde y en qué lugar está la mansión de esa bellísima concepción soñada por los mortales: la Felicidad.

Pues, no la hallarán, no, por los senderos ordinarios de la vida que incesantemente recorre la humanidad. ¿Sabéis por qué? Porque la felicidad es un estado del espíritu, no del cuerpo. No consiste ella en poseer cuantiosas riquezas que puedan proporcionar todas las comodidades materiales y supérfluas, disfrutar sin tasa ni medida, de los goces y placeres que embriagan y turban los sentidos. No es feliz, no, el que llamándose señor, porque cuenta con riquezas, títulos y honores, se ve rodeado siempre de una pléyade de aduladores que alhagan su vanidad, estando dispuestos á secudarlo en todos sus planes y á satisfacerlo hasta en sus más absurdos caprichos.

Ese sér no es ni será feliz, no lo puede ser, porque hay algo en su corazón que lo entristece, que en medio de sus goces siente, á veces el hastío de éstos y el temor de sus hechos. Sus hechos ¡ah! que labrarán su porvenir . . . . . del que solamente se acuerda en esos momentos críticos en que parece que el sér íntimo se revela.

También el pobre, desheredado de la fortuna, cree ser un desgraciado por encontrarse en la triste posición en que le ha colocado el destino. (Ley de causalidad). No se conforma, no busca en el trabajo honrado su alivio, no se contenta con gozar sólo de los beneficios que aquel le reporta, sino que, sintiendo en su alma el aguijón de la envidia, dirige su vista hacia el potentado, que él cree es feliz porque disfruta de mayores satisfacciones mundanas . . . . .

Así se busca la felicidad ¡ARRIBA Y ABAJO!

Esa tan deseada felicidad, no la busquéis en el mundo con sus atractivos y deleites; ella, sí, está entre nosotros, pero ¿sabéis dónde? en la tranquilidad de la conciencia, en la resignación para soportar las continuas pruebas de la vida y en la verdadera creencia y práctica de los preceptos del Evangelio que nos legó el sublime Maestro de Judea, reasumidos hoy en la Doctrina Espiritista, la cual nos manifiesta con hechos evidentes según comprobación de la ciencia, que el espíritu que anima el cuerpo humano no muere nunca, sino que asciendo, con arreglo á su adelanto moral,

hacia esos mundos de luz y de armonía que pueblan el infinito espacio.

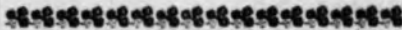
Allí, en esos mundos de adelanto, es que está la Mansión de la verdadera felicidad, pues en ellos el espíritu no siente ni el dolor, ni el egotismo, ni los celos. Entonces es feliz porque ha vencido á la materia y estará envuelto en los purísimos rayos del amor Divino.

Trabajemos, pues, con afán, para llegar á la Mansión de la felicidad y ser felices.

ANDRES VIDARTE.



El "Comité Espiritista de Propaganda y Beneficencia," tiene establecido en la Biblioteca de "El Mensajero Cristiano," calle 55 núm. 474, un Consultorio Médico Gratuito, atendido por un reputado Doctor, á donde se les dá la consulta y las medicinas gratis á todos los pobres que lo soliciten.



## NIGODEMO

LA INMORTALIDAD Y EL RENACIMIENTO. EL GÉNESIS DE LA TIERRA, Y LA HUMANIDAD TERRESTRE.

XI.

Continuación de los mundos primitivos.—El crepúsculo de la idea cristiana. ¡Adios, hermanos míos, tristes hermanos míos!

A mi compañero fué permitido asistir á algunas escenas de la humana vida en el planeta que últimamente os he hecho conocer. La nube que le circundaba adquiría á intervalos cierta transparencia, y, aunque confusamente, veía á los hombres y penetraba sus ocultas intenciones. Todas las cosas eran para él motivos de suspensión y asombro. En sus actitudes y pensamientos conocí que había morado recientemente entre aquellos hombres y compartido las vicisitudes de la vida en aquel suelo. Lo ví con toda claridad escrito en la expresión de su alma: había sido uno de los caudillos de aquellas tribus feroces, violento y sanguinario sobre los violentos y sanguinarios. Había muerto airadamente á manos de sus enemigos, tintas en sangre las suyas, con la inhumana sonrisa de la venganza en los labios, rodeado de multitud de víctimas de su insaciable crueldad.

Continuaban vigorosas en su espíritu las mismas tendencias y pasiones de su vida corporal, y renacían con furia al presenciar hechos parecidos á los que en otro tiempo habían contribuido á fomentarlos. Olvidábase el desdichado de que no vivía sino en espíritu, y tomaba una parte activa en los odios y violencias que se manifestaban y consumaban á sus ojos. En tal estado procuraba yo inspirarle más suaves y piadosos sentimientos y renovar en su mente el aciago recuerdo del mundo de expiación de donde acababa de salir; pero no siempre bastaba esto para volverle á la senda de su regeneración: las reminiscencias de sus violentos y lujuriosos hábitos, borrando en él las memorias saludables, absorbían la actividad de su alma y de sus sentidos. Entonces la ley venía en auxilio del infeliz espíritu: la obscuridad le aprisionaba de nuevo, y podían las tinieblas lo que no habían podido mis amistosos consejos y sanas inspiraciones. El pobre se reconvenía y lloraba, y á su manera se proponía ser mejor. ¡Oh eficacia misteriosa de la ley! ¡Oh pródiga Sabiduría! ¡Las tinieblas, que son, como si dijéramos, una imperfección, un lunar de la naturaleza, sirviendo al perfeccionamiento espiritual y contribuyendo á avivar en las almas la purísima llama del arrepentimiento, de la virtud y del deber! Éxtasase el espíritu en cada una de las armónicas bellezas que descubre estudiando á Dios en el universo y en el cumplimiento de sus leyes.

Dejamos aquella mansión de iniquidad, y fuimos transportados á visitar los otros mundos del sistema. Este, en orden á su elevación y á la elevación intelectual y moral de las criaturas que lo pueblan, precede inmediatamente al sistema á que la tierra pertenece. La última de sus moradas, aquella en que preponderan con más fuerza los procaces apetitos, es la que acabo de someter á vuestro estudio, lugar que había sido de expiación y prueba del espíritu que á mi lado y sin apercibirse de mí, vislumbraba los pavorosos misterios que guarda la muerte á los que desoyeron la voz de su conciencia. Al paso que nos íbamos elevando y fijábamos la mirada en los demás mundos de la serie, notábamos gradualmente mayores progresos en las humanidades que hacen allí el aprendizaje de su libertad y espirituales facultades. La concepción de Dios se va aclarando; vése aparecer medrosa la idea del alma espiritual; oyense palabras de inmortalidad y vida eterna; y en el más aventajado de aquellas mundos, desde el cual se descubre en la profundidad del firmamento vuestro sol á manera de un diminuto lumínar, las nociones del alma y del Sér Supremo surgen tan modificadas, que dan ya lugar al conocimiento de las verdades cristianas y á su práctica, tal como eran conocidas y practicadas entre vosotros antes del descenso de Jesús. Todos presentan un cambio trascendental en las creencias y costumbres, y aun algunos lo profetizan, y los pueblos asienten á las palabras y promesas de los profetas. El suelo está preparado para recibir la semilla, y el divino Sembrador acecha el momento más oportuno para dejarla caer. Tal vez no pase la presente generación antes que las profecías se cumplan y resuene de uno á otro confín la doctrina redentora.

Visitamos rápidamente todos aquellos planetas, excepto dos que descubrimos á gran distancia, y que presumí serían, conforme de jo indicado, tierras en formación. Envolvejalas densísima atmósfera, impenetrable á mis curiosas miradas. En cada uno de los demás planetas pudimos presenciar algún episodio de la vida y adivinar algún acto del pensamiento y de la voluntad de sus respectivos pobladores.

El estado de mi compañero guardaba mucha analogía y semejanza con el de mi espíritu en su ascensión á los mundos superiores. El asombro primero, la vergüenza después, y más tarde el arrepentimiento y los buenos propósitos, tales eran las sensaciones y resoluciones que sucesivamente modificaban su ánimo á cada nueva concesión de la providencia y de la misericordia de la ley. Vea acrecentarse la belleza de su cuerpo, y se esforzaba por despojarse de aquella prestada y acusadora belleza; veía á los hombres, y, creyéndose visible á los ojos de ellos, pugnaba por ocultar á todos su vergüenza y confusión; veíame á mí, y se postraba de hinojos humillado, pidiéndome misericordia. En estos casos hubiera yo querido estrecharle con amoroso abrazo y contarle la historia de mis antiguos delitos y de mis presentes miserias; más una fuerza superior á mi voluntad cohibía mis deseos, y solo me era permitido dirigirle una palabra y una sonrisa en que podían traslucirse á un mismo tiempo la severidad recordando y la ternura prometiendo. Ni aquella sonrisa ni aquella palabra eran más; bien claro me decía su inefable expresión y el respeto que de mí se apoderaba, que eran lenguas de fuego de la inspiración superior. Al verme sonriendo con aquella magestad y hablando con aquel poder, el pobre espíritu caía confuso y asombrado, vertiendo lágrimas y extendiendo hacia mí sus brazos en actitud suplicante. Reproducíase en torno suyo la obscuridad, y en su corazón el punzante remordimiento, heraldo de las resoluciones de virtud; y entonces yo me deslizaaba junto á él á manera de un ángel de consejo y de consuelo, le inspiraba pensamientos de amor y de luz, y como un hermano mayor y cariñoso me confundía con él en abrazo fraternal.

Desde el instante en que mis ojos descubrieron allí en el límite del firmamento el astro á cuyo alrededor gira vuestro pequeño planeta, apoderóse de mí el mismo impulso superior que me había elevado hasta las regiones de la felicidad y habilitado hasta los infiernos de las criaturas manchadas con el exterminio y la sangre de sus hermanos. Como si vuestro sol ejerciera sobre mí su fuerza de atracción, sentía mi voluntad arrastrada ó dirigida hacia aquel foco de luz, ganoso de volver á los sitios de mis postreros recuerdos é inmediatas esperanzas. Parecíame que mi última separación de la tierra, á contar desde el punto que la voz misteriosa de invisible espíritu me llevó á visitar las regiones inferiores, databan al menos de un siglo; ¡tan triste había sido el camino últimamente seguido en castigo de mi orgullo! Y no obstante ¿sabéis el tiempo empleado desde el principio de mi descenso hasta el instante, en que la vista del sol volvió á alegrar mi ánimo, abatido con las desgarradoras visiones de los mundos de sufrimiento? Pues es menor que ocho días, sí, que ocho días de los que á vosotros os sirven de medida. De nada sirve el tiempo en el mundo espiritual, como no sea para medir la pequeñez y miserias de la tierra. En la región de los espíritus, si os eleváis, los siglos se os antojarán fracciones de segundo; si descendéis y habitáis en las tinieblas, los segundos serán para vuestras almas siglos de obscuridad y aislamiento.

Dirigí mi última mirada de despedida á los mundos de violencia y lujuria, rogando á Dios que apresurase los tiempos de las pobres criaturas que allí se revuelcan en el torbellino de las más aviesas pasiones, embrutecidos en aquella atmósfera de grasísima ignorancia. Hubiera querido llevarme conmigo todos aquellos encarcelados, á fin de que viniesen á respirar en la tierra, para ellos tierra de promisión, el regenerador hábito de la virtud y concebir la salvadora idea de la paternal misericordia del Altísimo; pero irrealizables eran de todo punto mis súplicas y deseos: la justicia de la ley allí los retiene, y solo por el cumplimiento de la ley pueden ser redimidos y libertados. ¡Adios, hermanos míos, tristes hermanos míos! Que vuestro sol gire con la celeridad del pensamiento; que vuestras generaciones se sucedan con la rapidez de vuestros días; que á cada nuevo sol nazca en vuestro pecho una virtud, y á cada generación un libertador que rompa vuestras cadenas y os conduzca por legiones innumerables á la tierra de Canaan, á donde en este instante me dirigo. ¡Adios! . . .

(Continuará.)



## Dos eminencias del catolicismo.

El Reverendo Padre Ventura Raulica, uno de los más ilustres representantes de la teología y filosofía católicas del siglo XIX, refiriéndose á los fenómenos espiritistas decía: "A PESAR DE SUS APARIENCIAS DE PUERILIDAD CONSTITUYEN EL MÁS GRANDE ACONTECIMIENTO DE NUESTRO SIGLO."

También el eminentísimo Padre Lacordaire presagiaba con grande acierto el alcance que habían de tener en el porvenir las manifestaciones de los Espíritus, juzgando que "SON PROVIDENCIALES Y QUE HABIAN DE TURBAR Y CONFUNDIR Á LOS INCRÉDULOS."

¿QUÉ DIRÁN NUESTROS CLÉRIGOS DE MISA Y OLLA?

TIP "ARTISTICA" DE AGUSTIN PARDO. Calle 55 número 474.